

¿Quién es el Dios del Antiguo Testamento?

¿Quién es el Señor?

El insensible *faraón* preguntó con orgullo y descaro:

“¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz...? Yo no conozco a Jehová...” (Exodo 5:2). Muchas personas en la actualidad, tal como el faraón, ignoran quién es el Dios del Antiguo Testamento. Creen que es producto de la mente de los hombres antiguos, o un Dios vengativo de una religión primitiva que ha querido destruir a la gente con diluvios y plagas. ¿Es posible que sea éste el mismo Dios lleno de amor en el Nuevo Testamento a quien conocemos por medio del ministerio terrenal de Jesucristo? Otros piensan que el Jehová del Antiguo Testamento es Dios el Padre en el Nuevo Testamento. ¿Por qué hay tal confusión? ¿Quién era en realidad el Dios de Adán, de Enoc, de Abraham y de Israel y Moisés?

Jehová, o sea, Jesucristo, es el Dios del Antiguo Testamento

Aunque para muchos parezca una paradoja, el Jehová del Antiguo Testamento no es nada menos que el Hijo de Dios, Jesucristo. El creó el mundo con la autoridad que le dio el Padre y bajo Su guía. Más adelante Jehová vino a la tierra como el Salvador y el Redentor del mundo. Esta doctrina es una de las menos comprendidas en la historia de la humanidad, a pesar de que en el Antiguo Testamento y en las otras Escrituras se encuentran muchas referencias que pueden comprobarla.

Antes de ir a las Escrituras, sería buena idea examinar los nombres y títulos que se aplican a Dios el Padre y a su Unigénito. Por lo general, dos palabras del idioma hebreo se usan para nombrar a Dios en todo el Antiguo Testamento. Estas son *Elohim* y *Jehová*. Puesto que el hebreo original escribía palabras sin vocales, los eruditos no se han puesto de acuerdo en cuanto a la pronunciación original del nombre que se escribe YHWH en hebreo. En las revelaciones modernas, sin embargo, Jesucristo aceptó el título de *Jehová* (véase D. y C. 110:3).

Jehová era el nombre o el título que se le daba en la preexistencia al Primogénito de Dios. Ahora se le llama Jesucristo. El significado del nombre *Jehová* fue explicado por el élder Talmage:

“Jehová es la forma castellanizada del vocablo hebreo *Yahveh* o *Jahveh*, que significa *El que Existe por Sí mismo* o *El Eterno*. El hebreo, *Ehyeh*, que significa *Yo Soy*, se relaciona por significado y derivación con el término *Yahve* o *Jehová*.” (*Jesús el Cristo*, pág. 37.)

Para los judíos *Jehová* era un nombre inefable que no había de ser pronunciado; lo reemplazaron con otro nombre, el cual aunque sagrado no les era prohibido decir, a saber, *Adonai*, que significa *el Señor*. (*Jesús el Cristo*, pág. 38.)

La palabra *Elohim* es la forma plural de la palabra Dios del idioma hebreo, pero a pesar de ello, los eruditos en la materia concuerdan que debe tomarse como un nombre en

singular a pesar de que la terminación *im* indica el plural. El profeta José Smith, sin embargo, explica su punto de vista de la siguiente manera:

“Si leemos más adelante [en el texto hebreo], hallamos esto: ‘El principal de los *Dioses* dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen’. En una ocasión pregunté a un judío erudito: ‘Si el idioma hebreo nos obliga a dar interpretación plural a todas las palabras que terminan en *heim*, ¿por qué no interpretar el primer *Eloheim* en plural?’ (Nota del traductor: Hay ciertas variaciones en la forma de escribir la palabra Elohim.) Me contestó: ‘Esa es la regla, salvo en contadas excepciones; pero en este caso echaría a perder la Biblia’. Admitió que yo tenía razón.

“Desde su principio la Biblia muestra que hay una pluralidad de Dioses, y nadie tiene el poder para refutarlo. Es un tema importantísimo que estoy tratando. La palabra *Eloheim* debería entenderse en la acepción plural: Dioses... Los principales de los Dioses nos señalaron un Dios; y cuando uno considera el tema desde ese punto de vista, queda uno libre para percibir toda la belleza, santidad y perfección de los Dioses.” (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, 462-463.)

El élder James E. Talmage amplía este concepto con su opinión oficial:

“El nombre *Elohim*... es un término expresivo de exaltación y poder supremos o absolutos. *Elohim*, como lo entiende y lo emplea la Iglesia restaurada de Jesucristo, es la combinación de nombre y título que corresponde al Padre Eterno, cuyo Hijo Primogénito en el espíritu es *Jehová*, el Unigénito en la carne, Jesucristo.” (*Jesús el Cristo*, pág. 38-39.)

Es importantísimo recordar el lugar que le corresponde a Dios, el Padre: El es el Padre de nuestro espíritu (véase Hebreos 12:9) y es nuestro Dios. El hecho de que existan otros Dioses no le resta importancia. El es el autor del plan de salvación. Es esencial que también recordemos que El administra los asuntos relacionados con esta tierra por medio de su Primogénito, o sea, *Jehová* del Antiguo Testamento. El delegó a Jesucristo la autoridad que necesitaba para organizar y gobernar la tierra, y, a través de la Expiación, Jesucristo llegó a ser el Padre de los hombres fieles. El Salvador, por lo tanto, llegó a ser también el mayor defensor del plan de su Padre.

Debido a que Jesucristo tiene los mismos propósitos que su Padre, y a que es también un Dios, los profetas del Antiguo Testamento a veces se referían a El con las palabras “*Jehová Elohim*” y que fueron traducidas al castellano como “*Jehová Dios*”. Esta frase en hebreo no se usa mucho a partir del capítulo tercero de Génesis; más adelante se encuentra la expresión “*Adonai Jehová*”, que está traducida como “*Señor Jehová*” (véase Génesis 15:2, 8; Deuteronomio 3:24).

Otro de sus títulos necesita ser explicado. La palabra *Cristo* viene del griego *christos*, que quiere decir “el ungido”. Los griegos usaron la palabra *Christos* para traducir del hebreo la palabra *meshiach*, que quiere decir lo mismo. La palabra hebrea ahora se ha castellanizado y se dice *mesías*. Por lo tanto, Jesucristo quiere decir “*Jesús*, el *Mesías*”.

Jesucristo: El Dios de este mundo

Los judíos del tiempo de Jesucristo se sentían confusos con respecto a la identidad de su Dios porque durante el período del Antiguo Testamento habían apostatado y ya no comprendían sus propias Escrituras. Es el mismo problema que tiene la mayoría de los cristianos en la actualidad. El misterio que rodea la naturaleza del Dios del Antiguo Testamento se desprende, en ambos casos, de la desobediencia de los hombres y de la pérdida de muchas cosas claras y preciosas que fueron sacadas de las Escrituras.

Por el contrario, Jesús dijo que la vida eterna consistía en conocer completamente al Padre y al Hijo (véase Juan 17:3). En resumidas cuentas, las personas pueden conocer al verdadero Dios por medio de las experiencias que los capacitan para ser como El; de esa forma pueden entenderlo y conocerlo (véase 1 Juan 2:3; 3:1-2; Eter 2-3).

“Cuando vino Jesucristo a este mundo, los judíos ya habían perdido el concepto de que los tres integrantes de la Trinidad eran personajes distintos el uno del otro. Ya no entendían que Jehová, el que les había dado la ley de Moisés, vendría al mundo para redimir a la humanidad, aunque los profetas habían enseñado este concepto con mucha claridad (1 Corintios 10:4; 3 Nefi 15:10; Isaías 41:14; 44:6). Anhelaban que viniera el prometido Mesías a salvarlos del dominio de Roma. Su religión era monoteísta, y no creían en el Hijo de Dios; sin embargo, se le dijo a Zacarías, el padre de Juan el Bautista, que Juan prepararía “al Señor (o sea, a Jehová) un pueblo bien dispuesto” (Lucas 1:17; véase también el versículo 16). Los ángeles también anunciaron a los pastores aquella primera noche de Navidad: “Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor (en hebreo: que es el Mesías, Jesucristo)” (Lucas 2:11).

Pasajes de las Escrituras que prueban que Jesucristo es el Dios del Antiguo Testamento

El profeta Abinadí, testificando ante la corte del malvado rey Noé, dijo que todos los profetas habían testificado que Dios (Jehová) “bajaría entre los hijos de los hombres, y tomaría sobre sí la forma de hombre” (Mosiah 13:34; véase también el versículo 33). Nosotros, los Santos de los Últimos Días, tenemos el privilegio de tener otras Escrituras y conocemos esta verdad con más claridad. Por ejemplo, en Doctrina y Convenios se nos enseña que Jesucristo es Jehová el gran “Yo Soy” (véase D. y C. 110:3-4; 29:1).

Muchos en el mundo cristiano no han tomado en consideración lo que dice la Biblia, la cual enseña con claridad que Jehová es Jesucristo antes de venir a la tierra. A continuación se dan solamente algunos de los pasajes que prueban este punto.

La importancia que tiene el conocer la identidad del Dios del Antiguo Testamento

Muchas personas, incluyendo numerosos eruditos en materia de la Biblia, han sacado en conclusión que el Dios que se describe en el Antiguo Testamento era el producto de las supersticiones y creencias primitivas de un pueblo con estas mismas características. Llegaron a esta conclusión porque hay cosas en el Antiguo Testamento que parecen contradecir el concepto que ellos tienen del Dios del Nuevo Testamento. Sin embargo, es de muchísima importancia saber que Jehová en el Antiguo Testamento era Jesucristo en su estado preexistente, no sólo para poder comprender correctamente el Nuevo y el Antiguo Testamento, sino también para poder comprender la naturaleza y los objetivos de Dios y para comprender la relación que existe entre los hombres y cada uno de los miembros de la Trinidad.

Por ejemplo, la misma persona que dijo: “Amad a vuestros enemigos” (Mateo 5:44) les dijo a los israelitas, refiriéndose a los cananeos que habitaban la tierra prometida: “Ninguna persona dejarás con vida, sino que los destruirás completamente” (Deuteronomio 20:16-17). El mismo Jesucristo que dijo que perdonáramos “setenta veces siete” (Mateo 18:22) exterminó por completo a los habitantes de la tierra, con excepción de ocho personas (véase Génesis 7-8).

Por otra parte, Jesucristo en el Nuevo Testamento dice que al que no perdonara de todo corazón las ofensas de sus hermanos, se le entregaría “A los verdugos, hasta que pagase todo lo que debía” (Mateo 18:34-35); y Jehová en el Antiguo Testamento dice en contraste: “Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (Isaías 1:18).

Y el Cristo descrito en el Apocalipsis, que tenía una hoz aguda en la mano, listo para cortar las uvas y echarlas en el gran lagar de la ira de Dios (véase Apocalipsis 14:14, 20), es el mismo Dios del Antiguo Testamento que le decía a Miqueas “... qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios” (Miqueas 6:8).

No hay ninguna contradicción en la personalidad de Dios; El es siempre amoroso y misericordioso, pero también es justo y no considera “el pecado con el más mínimo grado de tolerancia” (D. y C. 1:31). Como le dijo a José Smith: “... Dios no anda por vías torcidas, ni se vuelve a la derecha ni a la izquierda, ni se aparta de lo que ha dicho; por lo tanto, sus sendas son rectas y su curso es un giro eterno” (D. y C. 3:2). El Dios del Antiguo Testamento es el mismo que se encuentra en las demás Escrituras, y no existe una contradicción real entre la manera en que todas ellas lo describen. El Antiguo Testamento amplía el entendimiento acerca de Dios y de su forma de relacionarse con sus hijos, bendiciéndolos cuando reciben sus enseñanzas y lo obedecen, o castigándolos cuando se rebelan y pervierten. Para conocer mejor a Cristo, es necesario estudiar el Antiguo Testamento, porque el estudiarlo en su papel de Jehová nos permite conocer otros aspectos de su personalidad. Jesucristo es tanto el Dios del Antiguo Testamento como nuestro Dios en la actualidad. Si recordamos constantemente este concepto, podremos llegar a comprender el Antiguo Testamento y la personalidad de Dios.

Gentileza de: [La Perla de Gran Precio](#)